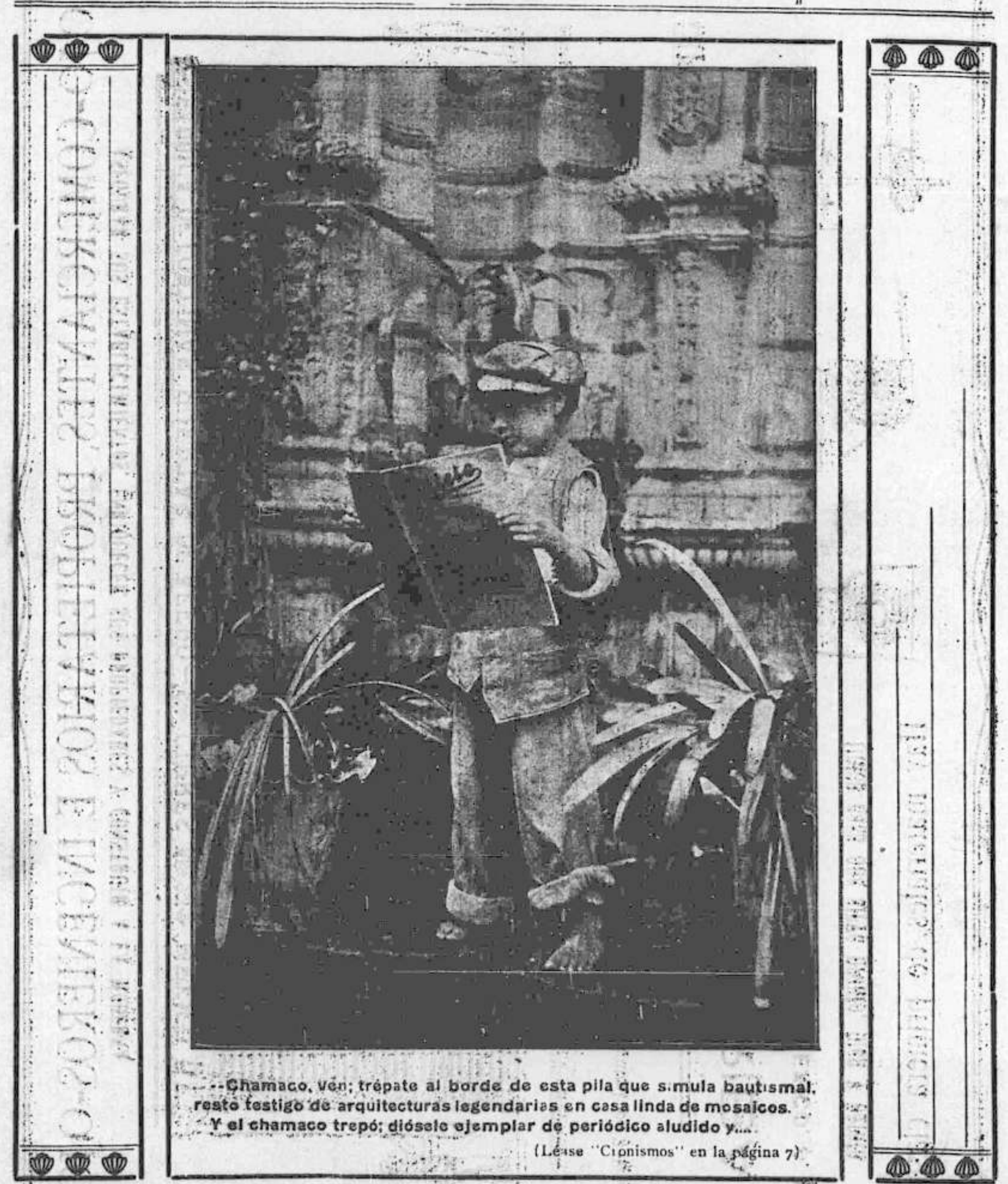
Ariete

REVISTA SOCIOLOGICA

ORGANO DE LA "CASA DEL OBRERO MUNDIAL"

Registrado como articulo de 2a. clase el 26 de octubre de 1915

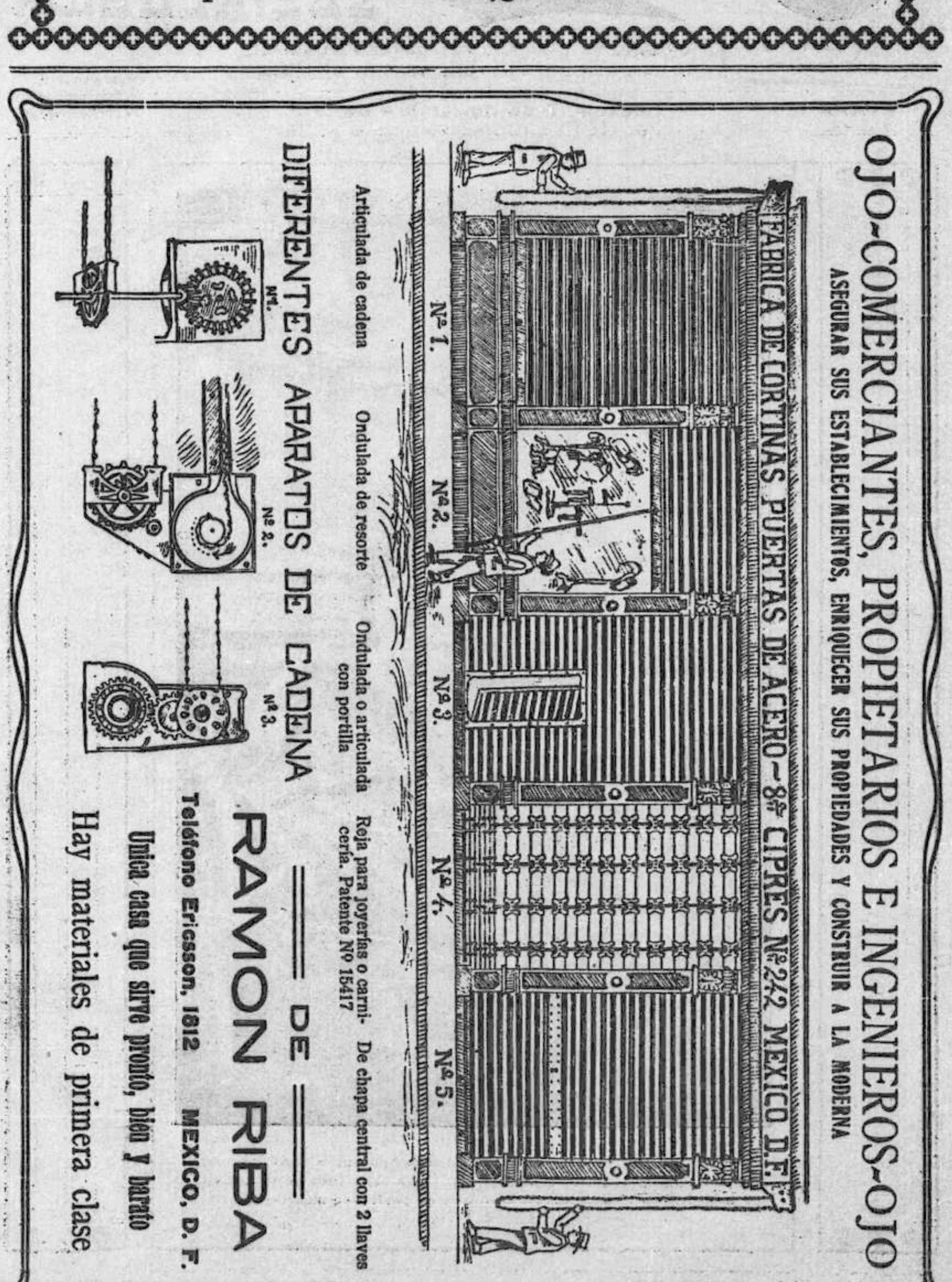
ETAPA I | México, 7 de noviembre de 1915 | NUM. 4



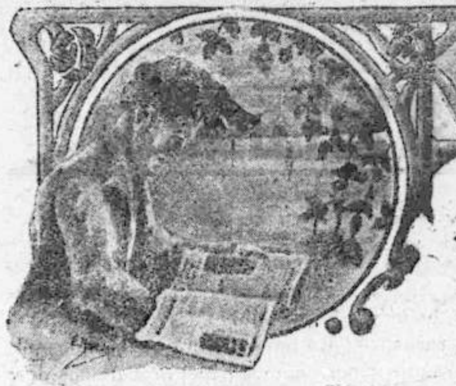
--Chamaco, ven; trépate al borde de esta pila que simula bautismal, resto testigo de arquitecturas legendarias en casa linda de mosaicos.
Y el chamaco trepó; diósele ejemplar de periódico aludido y....

(Léase "Cronismos" en la página 7)

VALE 10 CENTAVOS



OJO-COMERCIANTES, PROPIETARIOS E INGENIEROS-OJO
ASEGURAR SUS ESTABLECIMIENTOS, ENRIQUECER SUS PROPIEDADES Y CONSTRUIR A LA MODERNA
FABRICA DE CORTINAS PUERTAS DE ACERO-8a CIPRES Nº 242 MEXICO D.F.
Nº 1.
Nº 2.
Nº 3.
Nº 4.
Nº 5.
Articulada de cadena
Ondulada de resorte
Ondulada o articulada con portilla
Roja para joyerías o carnicería. Patente Nº 15417
De chapa central con 2 llaves
DIFERENTES APARATOS DE CADENA
Nº 1.
Nº 2.
Nº 3.
DE
RAMON RIBA
Teléfono Ericsson, 1812 MEXICO, D. F.
Unica casa que sirve pronto, bién y barato
Hay materiales de primera clase



SECCIÓN DOCTRINARIA

GESTOS INUTILES

(Continúa).

III

El Estado es la máquina que oprime, extorsiona y aplasta al individuo y ahoga en él toda iniciativa, todo espíritu de independencia.

Cualquiera que sea el Cobierno: imperialista, monárquico, republicano —y hay repúblicas de todos matices—, es siempre opresor, siempre defensor de los intereses creados, de las clases privilegiadas. El Gobierno siempre debe, ante todo, «defender el orden», «dar garantías a la sociedad», es decir, a los ricos, porque los pobres no necesitan la «garantía» de su miseria.

El Estado es una máquina complicadísima, cuyos engranajes, para funcionar, necesitan un sinnúmero de servidores. Los empleados del Gobierno son legión, todos dedicados a labores perfectamente inútiles y, por lo tanto, nocivas. Solamente pueden exceptuarse de los inútiles los trabajadores de ios telégrafos, del correo, de las obras públicas; todo lo demás, todo lo que es de carácter político o represivo, no contribuye a nada provechoso para la generalidad; solamente sostiene una entidad siempre discutible y, a nuestro juicio, dañina.

Esa máquina es una gran devoradora de productos de toda clase: no solamente los ejércitos numerosísimos de trabajadores han de producir para la alimentación, el alojamiento, el vestido y la satisfacción de las necesidades de los servidores del Estado, pues su funcionamiento comprende el consumo de una cantidad inestimable de productos de todas clases. Para estudiar detalladamente lo que el Estado gasta o, mejor dicho, malgasta, sería menester un libro voluminoso, comprendiendo estadísticas y proporcionando datos tomados en los propios documentos oficiales. En el reducido espacio de esta crónica solamente podremos esbozar a grandes rasgos los gestos inútiles de los empleados del Estado.

Pocas personas han escapado a la molestia de tener que hacer acto de presencia en una oficina pública: juzgado, comisaría o ministerio. Sería por demás relatar en este estudio todas las complicaciones, los papeles, los documentos necesarios para el cumplimiento de la más sencilla formalidad. A nadie se le escapa la multiplicidad de personas con quienes hay que tratar para la obtención de un documento cualquiera, pasando por el portero, los mozos, los empleados subalternos, tinterillos y, en último lugar, por los jefes de sección, personajes olímpicos que nadie puede entrever ni acercarse sin haber tenido que vencer miles de dificultades, numerosas barreras. La multiplicidad de empleados necesarios para la solución del menor asunto se explica fácilmente por la necesidad que tienen los gobernantes de ocupar adictos que tienen parientes, amigos que saben cuán descansados son los empleos que el Gobierno proporciona. Cuando se sabe cuál es la vida del taller, de la fábrica o del campo, cada uno busca el modo de escaparse de estos infiernos, y de ahí que todos padezcan de la enfermedad del siglo: la empleomanía, es decir, el afán de tener un puesto en el que el trabajo sea leve y el pago asegurado. Y más si los Gobiernos son democráticos, más el número de empleados del Estado, es grande, por la sencilla razón de que cada uno de los que forman parte de la «cosa pública»: ministros, diputados, gobernadores de provincias o de Estados, prefectos, alcaldes, etc., etc., tienen sus partidarios, sus electores influyentes que piden para los suyos puestos, canongías, honores, y toman parte en el «reparto de la torta», de esa torta que paga el trabajador del campo, del taller, de la mina, del navío.

Así es que se multiplican los puestos, se inflan los presupuestos, se crean, se inventan empleos que no corresponden a ninguna necesidad, si no es la de favorecer a los amigos del Gobierno.

De este modo se engrosa sin cesar el número de personas que se entregan a tareas perfectamente inútiles, que pasan su vida sin ningún provecho para el bienestar general, bien al contrario, ya que comen, visten y se alojan sin producir nada provechoso a los demás.

Naturalmente, para alojar esas falanges de empleados ha sido necesario construír grandes palacios —legislativos o administrativos— que se ha tenido que amueblar cómoda y lujosamente, lo que representa una considerable suma de trabajo.

Lo complejo de la máquina administrativa reclama un sinnúmero de pliegos, expedientes, documentos, libros, registros, archivos, que necesitan la confección de una enorme cantidad de papel que mejor se emplearía en la impresión de libros instructivos o de muebles y objetos que pueden hacerse con dicha materia.

Esto solamente se refiere a la parte administrativa; pero la máquina gubernativa tiene también sus engranajes respectivos y éstos comprenden los servicios de policía, la penitenciaría, las cárceles, servicios que implican también un ejército de empleados, de holgazanes que prefieren servir a la «sociedad» en calidad de sabuesos, de carceleros, de vigilantes de presidio para escapar a la esclavitud del trabajo útil.

Tiene el Estado la institución llamada irónicamente de «justicia», que, además de numerosos empleados administrativos, cuenta con un sinnúmero de gentes que se precian de poder juzgar las acciones de los demás hombres, aunque participen de sus mismas debilidades, sus flaquezas, sus vicios. Basan sus juicios sobre sus leyes, es decir, convenios impuestos a la mayoría por una minoría, y estas leyes son tan intrincadas, que ellos mismos no las conocen, y esto da lugar a la crea-

Concluye en la página 10.



Enérgica lección de pundonor y sinceridad, para los aduladores de oficio, fueron las declaraciones que el ciudadano Obregón hizo en una ciudad del Occidente, con motivo de las bullangueras manifestaciones organizadas para rendirle pleito homenaje, por su arribo triunfal a aquella ciudad.

Y es que Obregón, a más de ser un guerrero de genio, tiene el dón de saber conocer a los hombres, cualidad para nosotros más valiosa que ninguna otra, pues ella sirve para cuidarse de los carlancones que acuden como moscas a rodear a los que han conseguido hallar el secreto del éxito.

Además, el que ve los defectos ajenos, y los combate, procura también, institivamente, corregir los propios, y este ejercicio moral, al cual se hallan sujetos todos los hombres de inteligencia superior tiene la virtud de perfeccionar al individuo insensiblemente, sin que él mismo note la transformación que se opera en su espíritu. Los que gozan de este privilegio natural, tienen el deber de emplearlo, por lo menos en parte, en la consecución del bienestar general, de la felicidad común.

Al decir deber, no se crea que queremos decir sacrificio. Cumplir un deber, generalmente es más ventajoso que sustraerse a él. Ello trae, además de otras ventajas, el prestigio, que aunque no es cotizable, es un valor efectivo, que da provecho y cuyo poder es incalculable.

De todo esto se ha dado cuenta el manco de León, a juzgar por los reproches con que azotó el rostro de los impúdicos caridelanteros que creyeron marearlo con el incienso de sus alabanzas.

El veneno de la adulación: he ahí el mayor peligro de los escogidos de la fortuna. El que sepa resistir la influencia de ese ponzoñoso narcótico será un buen discípulo de Zaratustra, y gozará de las ventajas que predecía Don Quijote, a los que sabían conocerse a sí mismos.

Lo lamentable es que los hombres de este temple sean tan raros. Porque, con el ambiente corrompido que se respira, son más indispensables las almas fuertes que soñara Niestche.

Sería muy consolador que el conjunto fuera bastante apto para saberse dirigir por sí mismo sin necesidad de mentores; pero desgraciadamente vemos que el servilismo que tan solícitamente cultivara la dictadura, ha echado tan hondas raíces que costará mucho trabajo extirparlo. Y lo malo es que muy pocos se dedican a esta dignificadora tarea.

Sin embargo, no hay que desmayar. Para llevar a cabo una obra, lo principal es empezarla.

Y empezada está. A los que se den cuenta de la importancia que encierra, toca secundarla. Por nuestra parte contribuiremos con nuestro humilde concurso.

Cuando el «Doctor Atl», en Orizaba, dió el toque de alarma, su audacia escandalizó a los elementos *sensatos* de la Revolución, y algunos colegas, atacándolo con injustificada saña, lo tildaron de loco. Y no fue esto sólo, sino que estos mismos colegas defendieron con una energía, digna de mejor causa, la tesis de que, para hacer obra revolucionaria, debía prescindirse de toda emisión de ideas, para no dificultar la labor de los mandatarios.

Tan peregrinas opiniones, sustentadas por elementos intelectuales de la Revolución, nos infundieron en aquella ocasión un amargo desaliento. Si los que de la exposición de sus pensamientos han hecho profesión, no se juzgan capaces de poder opinar sobre las trascendentales reformas pendientes de resolución, entonces, ¿quién resolverá el problema?

¿Los jefes?

Pero, ¡por las herraduras de Rocinante! No hay que ser tan comodones.

Es preciso que cada quien ponga su grano de arena y no dejar que unos pocos lo hagan todo, mientras los demás permanecemos tumbados a la bartola.

En buena hora que los que emborronamos papel procuremos despotricar lo menos posible; pero de esto a proclamar las excelencias del *dolce far niente* hay una distancia notable.

Como dijimos ya en otra ocasión, la labor de los que son o fungen de intelectuales, debe ser, a nuestro humilde entender, de crítica razonada, de doctrinarismo elevado, difundiendo por todas partes la bondad de nuestros ideales, y procurando orientar a los correligionarios que no estén lo suficientemente compenetrados de la misión que les está encomendada.

Esta es nuestra opinión, y ella normará nuestra conducta, porque creemos que sólo así cumplimos con nuestro deber.

*

Acabamos de recibir el decreto referente al reconocimiento jurídico de los sindicatos, publicado por el ciudadano gobernador del Estado de Veracruz.

Aunque el interesante documento contiene cláusulas decididamente benéficas para dichas instituciones obreras, y a pesar de que en todas ellas se nota la buena voluntad con que fueron estudiadas, adolecen de algunos defectos que quizá sean un grave obstáculo para que den el resultado que se propuso el autor.

El principal defecto, a nuestro entender, es el artículo por el cual se pretende que los sindicatos, al ser reconocidos, contraerán la obligación de proteger a todos los obreros, sean o no sindicados.

Esta cláusula, que a muchos parecerá no sólo razonable, sino justa y humanitaria, resulta, al sujetarla al más ligero análisis, inadmisible.

Para demostrarlo bastaría esta verdad de Pero Grullo: para que existan los sindicatos es preciso que haya sindicados.

Y esta perogrullada es tan aplicable al caso, que con todos los argumentos del mundo no se lograría demostrar lo contrario.

LOS REBELDES

«Nuestro deber es: luchar para vivir y vivir para luchar».

Uno de los motivos principales del malestar social de los pueblos es, a no dudarlo, el desequilibrio económico en que hasta la fecha se ha encontrado la clase productora.

En el campo, en la fábrica, en los talleres, almacenes, y por cualquier lado que se rebusque, sólo se encuentra palpitante la explotación del rico contra el pobre, y de ahí su aliento de emancipación y su gesto de sublime rebeldía.

Las pruebas son claras y concisas, sencillas y elocuentes:

Lanzad una mirada escudriñadora sobre los campos y veréis en los surcos grisáceos, multitud de seres que, bajo un sol tórrido, permanecen encorvados, trabajando largas horas, sin descanso, para ver de ganarse un salario irrisorio, por lo que sólo encontramos en ellos abyección y miseria; su traje está en completa paridad con su intelecto; su vida no es vida, es una completa vegetación; el lugar que habita está muy lejos de nombrarse casa; su alimento es en tal escasez, que es imposible satisfaga su necesidad y, por lo tanto, llene su objeto. Nace, vegeta y muere sobre una tierra que jamás fué suya y, si procrea familia, ésta seguirá siendo de esclavos, como lo fueron sus progenitores.

Llegad a las ciudades rumbosas, aristocráticas y derrochadoras y veréis un movimiento que habla muy en grande del progreso alcanzado; pero también veréis a los factores de este progreso arrastrar su desnudez y presentar sus rostros flácidos y demacrados, que demuestran a las claras la falta de savia que es necesaria para llenar tanto el espíritu como la materia física.

¡Y pensar que éstos son la inmensa mayoría!

Esta es la causa por la que en todos los tiempos y en todos los anales que registra la historia, en cualquiera de sus etapas, encontramos hombres que, adelantándose a su época, se han revelado contra ese sistema y han luchado contra él por medio de la razón o por medio de la acción.

Así, pues, una reforma radical es completamente necesaria; de ahí viene nuestra encuesta ya emprendida; este es el lineamiento que nos norma, la concepción más grande que abrigamos y los anhelos de los que soñamos con mejores días.

RAMÓN N. GALINDO.

Desde aquí vemos el gesto de desdén que harán los enemigos del sindicalismo, y seguramente agregarán: «¿Qué tiene que ver esto para que los sindicatos apoyen a los no sindicados?»

¡Mucho!

Al aceptar esta condición, los sindicatos se inocularían el virus que fatalmente produciría su descomposición, su destrucción irremediable. Los obreros, al unirse en sindicato, adquieren derechos o, mejor dicho, se ponen en condiciones de poder hacer valer sus derechos.

Los que antes eran despóticamente atropellados, vejados, escarnecidos, consiguen, por medio de la unión, que el patrón los respete, que se les considere como seres humanos, y logran, al fin, imponer su justiciera voluntad a los explotadores.

Pero, al mismo tiempo que alcanzan estas ventajas, contraen otros deberes que antes no tenían, pues no es cuerdo creer que podamos mejorar nuestras condiciones sin hacer ningún esfuerzo para conseguirlo.

Los deberes de cada sindicado consisten en velar constantemente por la buena marcha de la agrupación; asistir a todas las juntas o asambleas que se verifiquen; contribuír con la cuota que ellos mismos se fijen, para cubrir los gastos que ocasione la conservación y administración del sindicato; apoyar a los obreros de otros gremios cuando lo soliciten, y practicar la solidaridad con todos los compañeros, siempre que sea necesario. Además, para que un sindicado pueda decir que cumple con su deber, debe estar siempre dispuesto a aceptar cualquiera comisión que la Asamblea le encomiende, y esforzarse por desempeñarla lo más satisfactoriamente posible, arrostrando con entereza las penalidades que ello le ocasione.

Las ventajas que las prácticas sindicalistas proporcionan a los trabajadores son infinitamente superiores a los sacrificios que de ellos se exije; pero, como la mayoría de los hombres no estamos todavía en condiciones de saber comprender lo que nos conviene, y somos muy afectos a rendir culto a la pereza, dejando que los demás carguen con todos los compromisos y trabajos, resultaría, si gozaban de los mismos privilegios sindicados o no sindicados, que la mayoría de los obreros se daría de baja, para quitarse de responsabilidades y desvelos, y al poco tiempo desaparecerían por completo los sindicatos, o quedarían tan reducidos, que no representarían ninguna fuerza, acabando por transformarse en esta clase de sociedades mutualistas que no sirven más que para satisfacer la vanidad y las concupiscencias de las directivas perpetuas.

Para demostrar la inconveniencia de la cláusula a que nos referimos, podríamos exponer miles de razones, todas ellas basadas en la experiencia que la práctica nos ha enseñado; pero creemos que por hoy con estas basta. Y no se nos diga que teniendo el reconocimiento jurídico contaríamos con el apoyo de la autoridad, porque en la mayoría de los casos la autoridad no puede hacer nada. De ello tenemos una prueba reciente: Los compañeros sastres, de Morelia, a pesar de contar con dicho apoyo, acaban de perder una huelga, y la única ayuda efectiva que tendrán será la que les preste el Sindicato de Cortadores Sastres de esta ciudad, el cual les ha ofrecido su ayuda pecuniaria y trabajo.

Para que lo que dejamos asentado no pueda prestarse a torcidas interpretaciones, que los enemigos podrían esgrimir, recurriendo a sus acostumbrados juegos de palabras, debemos hacer constar que los sindicatos están siempre dispuestos a prestar su fraternal apoyo a todos los trabajadores que todavía no estén organizados, a condición de que se sindiquen, aprovechando la primera oportunidad.

Y por último, dos palabras para aquellos revolucionarios que no habiendo tenido ocasión, cuando eran obreros, de formar parte en ningún sindicato, nos miran ahora con recelosa prevención:

Los sindicatos libres, potentes y enérgicos, son una fuerza latente tan formidable, que si los enemigos de las libertades populares volvieran a levantar la cabeza, bastaría su solo concurso para aplastarlos otra vez.

Esta opinión no es sólo nuestra. De ella participan muchos revolucionarios que han dado pruebas de su desinteresado amor a la causa que todos defendemos. Y el ciudadano Alvaro Obregón lo ha proclamado públicamente, al afirmar que la reacción sólo por el pueblo podrá ser vencida.

JUAN TÚDO.



SABIHONDEZ

Porque troné una vez contra el *adjetivismo*, la prodigalidad en los calificativos, un amable lector me enderezó —quién sabe si con ribetes de ironía— una serie de observaciones que pueden condensarse en esto: «habría que exigir al artista, al literato principalmente, un buen caudal de sabiduría».

¡Alto ahí! La intelectualidad no es un caudal, sino una condición. Y acumular un tesoro de ciencia, tampoco significa ser sabio.

Entre *saber* y *entender*, hay que optar por esto último. Estar al tanto de un movimiento cualquiera de cualquier ramo de la sabiduría, es sólo un complemento.

Se suele confundir el cúmulo de conocimientos adquiridos con la posesión de ideas propias. La ignorancia no es la carencia de instrucción, sino de meollo. He podido notar que algunos iletrados discurren muy bien, mejor que muchos *pozos de ciencia* que andan por ahí dándose pisto.

Nadie podrá encasquetarme que el número de volúmenes leídos determine un genio, como no creeré que un atracón sea una alimentación. La superioridad con que acostumbran a presentársenos algunos señores muy leídos, resulta chocante. Abarcar no es crear, de igual manera que el lactar no es lo mismo que dar a luz. Y, sin embargo, todos hemos visto desdeñar a Shakespeare por inculto. Lo fue, si se quiere, en cierto sentido. Pero esas *incultúras* son cosa divina.

Me asocio de buen grado al escritor que solía abstenerse de leer obras ajenas, para ser original —en el recto y buen sentido de la palabra— con las propias. Desconocer es, a veces, una independencia fructífera. Los genios nativos, los únicos, no necesitan *marchamo*.

Que el autor de *Hamlet* fuera leñador o cochero, que Zola principiase siendo un estudiante desaplicado y un medianejo escribiente, que Edisson no tuviera sino rudimentarios conocimientos científicos, que Spinoza compusiera relojes, y Juan Jacobo dirigiera una orquesta, y Dickens engomara papel, y Hartzembusch fuera ebanista, etc., no debe admirarnos pizca. ¿Qué distintivo docente pudo ostentar Homero? ¿Qué título académico lució Sófocles....?

A los artistas y a los verdaderos oradores les exijo yo que digan lo que sienten, no lo que saben. Lo que sepan, puedo saberlo yo también: lo que crean, no puedo yo crearlo.

Alguien podría suponer que nuestra mira va encaminada a una emancipación licenciosa del entendimiento, equivalente a una rebeldía. No es eso. Puntualizamos la necesidad de sustraernos a la influencia de los sabios-ecos. La humanidad no les debe más que estorbo y, en el terreno del arte principalmente, tienen los visos de calamidad. Cuando un señor que *sabe mucho* invade los dominios del arte, hay para echarse a temblar. ¡Qué abundancia de pedantería y qué escasez de frescura....!

El que intente producir, dotado de facultades para ello, no hará mal si adrede procura adolecer de cierto descuido. La concepción no consiente exceso de fecundación, porque sería caer en el libertinaje. Cuantos eruditos me salen al paso, prodúcenme el efecto de otros tantos mercaderes del amor. Saben mucho del amor y desconocen lo que es amar.

Buscad el contingente de fatuos, dogmáticos e impertinentes entre esas almas secas de la producción artística. ¡Lindas cotorras, pero cargantes....! Cuando un individuo me dijese: *yo he leído mucho*, me parecería estar oyendo a un tragón exclamar: *me he comido veinte platos diferentes*. Sabiduría postiza, pura asimilación que indigesta sin remedio. Tendría gracia saber veinte lenguas y no saberse expresar. Chrysipo fue un filósofo de Grecia que lo sabía todo, hasta.... la mar de absurdos y dislates. No produjo, *se enteró*. Y no es una gran maravilla el enterarse únicamente. Una idea de un talento *madre* puede valer por cien volúmenes de otros tantos Chrysipos que lo *sepan todo*.

Para el arte, nada como la espontaneidad. Cierta inconsciencia equivale a un encanto. La copla de un pastor, improvisada con incorrección pintoresca, está por encima del fárrago de *repeticiones* endilgadas por un *homo sapiens*. Pensar con el corazón es cosa que extrañará a muchos.... por lo mismo que está reservada a pocos. Los sesos que ejercen de cámara obscura valen menos que aquellos en los cuales el fósforo suelta chispazos sin saber por qué. Limitándose a discurrir, se ahorra uno el prejuicio; atendiendo sólo a lo asimilado, resulta el cerebro al nivel de un fonógrafo.

Hay sabios *oficiales* que resultan sumamente graciosos. Su producción tiene caracteres de vomitina, sus meditaciones parecen arcadas. Tuvieron tiempo, afición, ocasión y medios para hacer muchas cosas. Y.... eso, *saben muchas cosas*. Nada más. Lo cual es bien poco. Deslumbran, pero no enseñan; admiran, pero no seducen; vienen a ser, en suma, portentosas insignificancias. Almacenaron tanto, que cuando un hombre de esos se pone a liquidar las existencias, asusta. Por el mero hecho de *haberse enterado*, se meten en todo: son críticos, autores, poetas, académicos.... ¡un horror! Se encaran con Cervantes, tratan de ignorante a Zorrilla, le niegan galanura a Campoamor.... ¡El acabóse!

Concluye en la página 5.

PAGINA PEDAGOGICA

LAS DIFERENTES ESCUELAS

Estoy de acuerdo en que los universitarios son instruidos, y que la cultura en las capitales está más desarrollada que en el campo; pero esta cultura y esta instrucción no llenan nuestros deseos; dejan mucho que desear, falta mucho que introducir en los diferentes sistemas educacionistas, en todos los centros docentes, lo mismo en las escuelas primarias, secundarias, como en las facultades superiores, pues en todas ellas sobra teología y economía política y falta la verdad real y positiva de la vida.

Tenemos, por ejemplo, la escuela laica: ésta no hace más que emanciparse de la iglesia y deja en pie todos los prejuicios de la sociedad.

Pasamos a la escuela neutra y vemos que también deja en pie igualmente las miserias sociales; de ella salen militares, para conservar en pie de guerra la especie, y llevarnos al matadero a matar a otros infelices que no nos han hecho daño alguno, y a quien ni siquiera conocemos; sólo por satisfacer el capricho de unos cuantos gobernantes, que, con el pretexto del honor nacional y un pedazo de tierra más o menos, que no es de nadie y que pertenece a todos, como el aire, como el agua y como el sol.

De ahí salen igualmente polizontes, esos eternos vagos de la sociedad, los más inútiles y peligrosos parásitos, detentadores de la libertad y del orden. Salen también, comerciantes para mistificar los consumos y envenenar a la humanidad, robándole, al mismo tiempo, en los precios, en el peso y en las medidas. Sale toda esa caterva de intermediarios, toda esa gente improductiva, que, al amparo de las leyes, roba, envenena y asesina. Salen los empleados y funcionarios públicos, sin otra aspiración que la de vivir a expensas del pueblo trabajador y del presupuesto nacional. Salen, en fin, toda clase de ladrones, porque, como todos sabemos, hay dos clases de ladrones: unos que roban mucho y con suerte y van a ocupar puestos públicos, forman parte del Poder Ejecutivo, del Parlamento y de todas las reparticiones del Estado; son éstos nobles, aristócratas, burgueses, etc., y otros que roban poco y con desgracia, y van a parar a la cárcel.

Igual la escuela laica que la neutra, alientan el espíritu de patria, el odio de razas y de idiomas, haciendo de cada frontera una infranqueable valla. Ensalzan el escudo y la bandera; cantan y glorifican a reyes y emperadores; los elevan a santones, exhibiéndolos en grandiosos cuadros y finísimas cartulinas en las aulas de todas las facultades; y en los himnos y cantos patrióticos hacen que estas escuelas no se diferencien en nada de las religiosas.

Si unas exhiben el Santocristo y la Purísima, y cantan rezos y letanías, otras exhiben a militares y políticos, y les cantan himos de alabanza. Todas son lo mismo, no hay ninguna diferencia.

La escuela racionalista, la que nos ha dejado Ferrer, el mártir de Montjuich, asesinado por el militarismo, la burguesía y la clerigalla española, por el temor que les inspiraba, no sólo el enemigo de toda injusticia, sino su Escuela Moderna, su sistema nuevo, su hermosa biblioteca, su «Liga Internacional» para la educación de la infancia, fundada en París con ramificaciones en todo el Mundo.

Serían largas de enumerar las ventajas que para la niñez ofrece la escuela racionalista sobre las demás escuelas. En primer lugar, por que se enseña sobre una base racional, graduando la inteligencia de los niños y poniendo a su alcance aquello que puedan comprender fácilmente, ver y tocar, sin amenazas ni temores, dudas ni vacilaciones de ninguna especie.

Segundo lugar, porque allí no se exhiben ídolos celestes ni terrestres que para el caso son iguales. Se exhiben cuadros matemáticos, de ciencias conocidas o exactas, mapas de geografía, geometría, simetría, y todo lo indispensable para el conocimiento técnico y práctico de la vida del hombre, para que no ignore nada de lo que tiene a su derredor.

Y tercer lugar, porque en el sistema racional se enseña la fraternidad entre todos los pobladores del globo terráqueo, haciendo de la humanidad una familia como gajos de un mismo tronco, sin tener en cuenta para nada las fronteras convencionales, la confusión de idiomas, la infinidad de colores y el sinnúmero de religiones o creencias.

La escuela racionalista hará que terminen los odios de naciones, de razas, de idiomas y religiones, dedicándonos todos al trabajo, al trabajo honrado y fecundo, sin temores a guerras, a robos o violencias de arriba ni de abajo, sin oír ruido de campanas ni de sables, sin limosneros, ni borrachos ni señores. Y, sobre todo, sin uniformes, ni sotanas, ni hisopos, ni sables; sin sacristías ni cuarteles. La reivindicación completa del proletariado, la vida libre y feliz de la especie humana.

CASIMIRO DEL VALLE.

Literatura Selecta

[Viene de la 4a. plana]

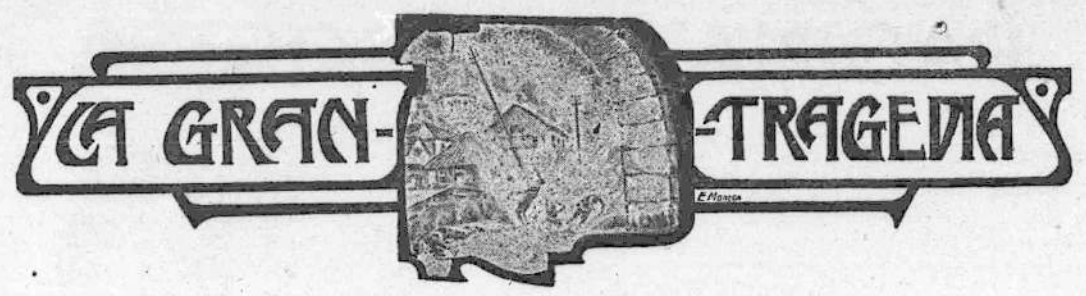
La labor artística actual se resiste de pedantería porque háse ido formando un círculo vicioso. Por la loable tendencia de poner el arte al servicio de una causa justa, imprimirle tanta belleza como utilidad o trascendencia, se ha producido una confusión. El literato, el novelista, el poeta, el dramaturgo, salta de su verdadera órbita y es sociólogo, político, filósofo y censor de una pieza. Y, por una especie de correlación inevitable, quienes ocupan aquellos campos se pasan a estos, o los visitan; el crítico, el pensador, el hombre público, el humanista, vienen al terreno artístico. Total: borramos el especialismo; pero elevamos la sabihondez. Parece un intercambio de estúpidas vanidades.

Resumiendo: al arte no le estorba la sabiduría; pero no le es indispensable. Los que *lo saben todo* no son sabios. Un diploma no es una patente de capacidad.

SEBASTIÁN GOMILA.

Seguramente León XIII, que aconsejaba el ahorro a los obreros, no hubiera dejado tantos millones en los escondrijos de su palacio si hubiese tenido que vivir con un jornal de $1.50.

J. MIR Y MIR.



ESPAÑA Y LA GUERRA

TONTOS, TONTOS, TONTOS...

El leader jaimista don Juan Vásquez de Mella acaba de pronunciar un discurso sobre el momento actual de la guerra. El señor Mella no es químico, ni botánico, ni filólogo, ni jurista, ni historiador: el señor Mella es meramente un retórico fecundioso y palabrero. El orador tradicionalista no ha escrito jamás un libro; pero ha pronunciado muchos discursos. Muchos discursos larguísimos, de los que aquí llaman grandilocuentes y sublimes los abogados de cabeza de partido y demás personas de mentalidad mediocre y obtusa. El señor Vásquez de Mella ha resuelto el problema de encerrar en la mayor cantidad de palabras sonoras la menor cantidad de pensamientos. La fantasía del señor Vásquez de Mella, lejos de ser fresca facultad creadora, es una calidad subalterna de su verbo que le emborracha de palabras y más palabras.

Pues el orador tradicionalista ha pronunciado un discurso en el Teatro de la Zarzuela. Las damas y los niños congregacionistas le han aplaudido mucho; el cerebro de estos pollos y de aquellas señoras se corresponde notablemente con el magín del orador fogoso. El retórico ha cantado al Káiser, al sultán de Turquía, y a los violadores de la neutralidad belga; ha elogiado las excelencias de una Alemania que no existe; nos ha revelado que es anglófobo, cosa que sabíamos, porque su tosquedad intelectual no tiene el sentido del matiz, tan fuerte y agudo el Inglaterra; ha referido, en párrafos recitados a compás de tamboril, una serie de sandeces históricas, y los germanófilos han aplaudido a rabiar las metáforas manidas y hueras de su ilustre jefe. Y al glosar el discurso del charlatán asturiano, ha dicho el órgano germanófilo en España, *El Correo Español*, «que mientras España cuente con hijos tan guerreros y tan independientes y tan patriotas como el señor Vásquez de Mella, el leopardo inglés no posará su planta sobre el suelo español».

¡Tontos, tontos, tontos....!

La tontera germanófila acaba de revelarse en toda su desnudez con este discurso del señor Vásquez de Mella. Los que hasta ayer hablaban del laberíntico Kant, del nebuloso Fichte, del acróbata Hegel, cantan las ventajas de una ciencia que no conocen y que no entienden; los facciosos que se llamaban depositarios del espíritu de Cristo sobre la Tierra, aúllan de placer ante las bestialidades llevadas a cabo por los germanos en Bélgica; los que no tienen conciencia de la responsabilidad de nuestras futuras andanzas históricas, tratan ahora, ebrios de berborreo, de embarcarnos en las más fantásticas aventuras; los que han hablado de Lutero, los que han hablado del Turco —¿qué dirán Santa Teresa y Miguel de Cervantes?— están haciendo ahora la apoteosis de la fuerza bruta....

El discurso del señor Vásquez de Mella es altamente representativo. Puede estudiarse como documento inapreciable para precisar el coeficiente de la mentalidad media española en los albores de este siglo. En aquel mazorral de tropos baratos —que nosotros no hemos tenido la paciencia de repasar— surge, hemos oído decir, una historia abogadesca, *ad probandum*, con todas las fantasmagorías de un espíritu indisciplinado, cerrado a la poesía y a la emoción. Allí no se dice que Inglaterra ayudara la independencia griega; allí no aparece que los británicos auxiliasen a las huestes garibaldinas para crear la *tersa* Italia; allí se olvidan adrede los dulces cerros de Arapiles —que yo contemplo tantas mañanas, bañados en un sol de oro— donde lord Wéllington echó a los franceses de las entrañas de nuestra patria. El tranpantojo de Gibraltar sirve de abono a las deyecciones retóricas del señor Vásquez de Mella. Con alma de esclavo canta el orador carlista las andanzas del rey de los Hunos; toda la costra de intransigencia, de ignorancia, de brutalidad, de fanatismo, de mala fe, de mezquindad espiritual, de ñonez religiosa, que hay en los facciosos españoles, se ha ido desgranando bravamente, al compás tamborilesco de los párrafos oratorios del charlatán tradicionalista.

Ya casi no sentimos rencor por los alemanes. ¡Pobre pueblo, engañado y aturdido con el rumor de las espadas, el zumbido de los morteros y el chocar de las espuelas! Lo que nos produce indignación, coraje, asco, es la postura de los eternos retrógrados, que no saben nada, que no sienten nada, que no se preocupan de nada; que confunden la elocuencia con el *flatus vocis*, el patriotismo con la garrulería, el arte con la impulsión epiléctica, la ciencia con la fe del carbonero, España con un campo de ensayo para sus elucubraciones en el vacío.

¿Cuándo hacemos a estos señores el raspado de la matriz mental?

Estas algaradas de los carlistas en pro de la causa de Alemania no tienen ni siquiera la disculpa del fanatismo. Los facciosos han tirado por la borda las creencias religiosas, aliándose con los protestantes y con los mahometanos, ante la esperanza, tan ñona como absurda, de que Guillermo II intervenga en sus disenciones caseras. Los carlistas se han mostrado al desnudo como son: charlatanes, hueros, ignorantes, ininteligentes y toscos.

¡Pobres tontos!

José Sánchez Rojas.

CRONISMOS

Los pequeños grandes hombres

Ilustra la portada de ARIETE, grabado que representa a hermoso chamaco de ojos negros, pequeñín, vivaracho, con cierto aire de formalidad caballeresca en apostura simpática.

Perdido entre multitud abigarrada de gremio que despierta —gremio de panaderos—, el cronista le halló, y nada raro fue que pensase en «negativa», tanto para estudiarle como presentarle, temprano luchador que ya se enfrenta con la vida, cuando todavía en su «yo» limitado no asoman los primeros brotes negros de tribulaciones miserandas.

Descalzo—Fortuna no tuvo para él económico par de zapatos—; pantalones, camisa y chaleco que, sin duda, improvisóle madre para relegarlo a la fábrica, en virtud de necesidades superiores, y gorra de dril, puesta con gracioso descuido en cabecita airosa; cuyo pelo, despeinado, rebelde por falta de tiempo para amaneraramientos, cae sobre su frente, culminando en rostro risueño, formalito, dijérase: desafiador...

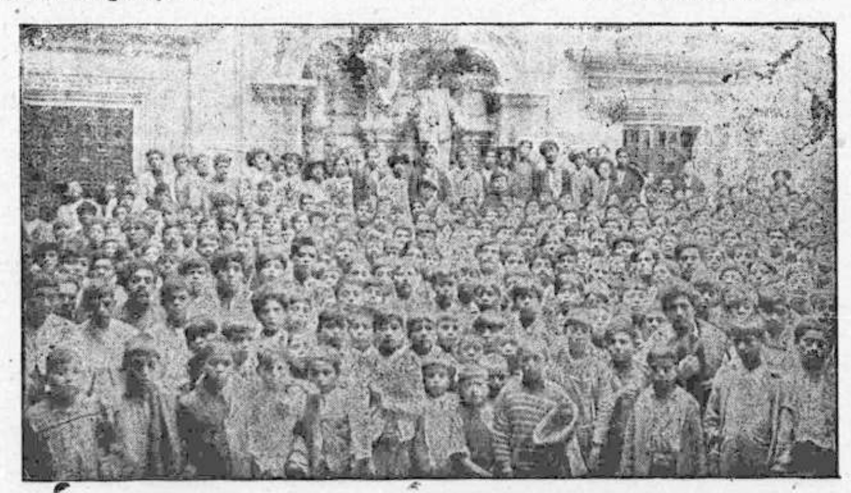
Y el cronista dijo al fotógrafo:

—¡Artista, antójase «negativa» de chamaco para ilustrar ARIETE!

—Bien—respondió.

Repentinamente el escogido perdióse entre grupo apiñado de camaradas panaderos, volviendo, en seguida, caballero en anchas espaldas de travieso ganapán.





¡Ah! cómo y cómo entonces atravesó la imaginación del cronista, hálito de doloración......

—Chamaco, ven; trépate al borde de esta pila que simula bautismal, resto testigo de arquitecturas legendarias en casa linda de mosaicos.

Y el chamaco trepó; diósele ejemplar de periódico aludido y.... en menos de cinco minutos el artista fotógrafo impresionó codiciada «negativa».

Primera observación que ésta sugiere es de si la miniatura sabe leer, tan seriecilla así se la ve fijar miradas en el papel.

No, desgraciadamente; por lo que resulta ironía el verle tener periódico abierto haciéndose ilusión de que, en efecto, silabea.

¡Pobre! retoño inespontáneo de naturalezas hechas para desesperaciones, su inculta mentalidad no sabe de alegrías áulicas. De la zahúrda al amasijo y del amasijo a la zahúrda, no es otra la viacrucis.

A pesar, para él ya no es pequeñín, ni chamaco, así, a secas, que necesita de escuela; sino proletario como todos; trabajador, y de los más formalitos, que si no trabaja no come; por lo que considérase también explotado, siguiendo opiniones corrientes de aventajadas inteligencias.

¿Cuántos pequeños grandes hombres, como éste, rodarán ya de taller en taller, de fábrica en fábrica, víctimas exquisitas del desatentado atávico?

El infantil compañero revela cosas que cronismos viejísimos apuntalan. El papelerito.... el betunero.... y por ese tenor.

¡Oh, lista larguísima de anónimas floraciones interesantes!

Falange, que no cantidades sin significado. Montaña, que no promontorio incodiciable; incondiciable por chaparro.

¡Menguada sociedad estulta, que así te comes a tus hijos en fiesta de saturnales!

Termina el cronista; más la miniatura exige símil; criatura tan pequeñísima recuerda cuento de Perrault: Pulgarcito en la casa del Ogro; Pulgarcito metido en noche que amenaza tragedia, precipitando degüello de siete hembras coronadas.

—¡Chamaco, expropia par de botas fuertes encantadas de siete leguas, y, poco tiempo, como Pulgarcito de la fábula, acelerarás vida de ogros!—Rosendo Salazar.



MOVIMIENTO OBRERO

MITIN DE PROPAGANDA

Las agrupaciones obreras organizadas en el sistema sindicalista han dado hasta ahora los resultados apetecidos; ellas, comprendiendo que los viejos moldes en la actualidad no les reportarían ningunos beneficios para su mejoramiento económico-social, se han decidido por adoptar el sistema moderno, teniendo en cuenta los beneficios que reporta a la clase trabajadora.

Antiguamente, cuando la Casa del Obrero Mundial, queriendo reunir a todos sus hermanos de miserias, citaba a una reunión con objeto de explicarles ampliamente los medios de lucha de que se vale el sindicalismo para triunfar de sus enemigos, casi veíanse desiertas las asambleas porque la apatía y el egoísmo que por atavismo domina a las clases de nuestro pueblo, acostumbrado como estaba a una vida de perpetuo esclavo, no se creía con derecho a levantar su voz, reclamando un derecho; y ese miedo que antaño dominaba nuestro espíritu, ese egoísmo que por idiosincracia nos tiene sumergidos en un estado tal de servilismo que no nos permite apreciar el esfuerzo hecho en esta grandiosa como cruenta lucha, donde tantas vidas se han sacrificado para proporcionarnos a las clases trabajadoras el bienestar indispensable, sólo ha servido para poner de manifiesto que no han resultado estériles ni las prédicas de los grandes maestros ni las existencias preciosas de nuestros hermanos sacrificados en los cadalsos o en los campos de batalla.

Si registramos la historia de los pueblos, encontraremos hechos que ponen de manifiesto la verdad de nuestro aserto, tanto en las naciones de la vieja Europa como en las de la joven América.

Pero no es nuestra intención hacer un estudio de las circunstancias que en otros pueblos de la Tierra se han tenido para que las agrupaciones obreras lleguen a un estado casi completo de desarrollo, sino simplemente queremos concretarnos a las circunstancias actuales de nuestra época para que nos sirva de punto de mira a fin de imbuír en el cerebro de nuestros hermanos, los que forman la gran familia obrera en esta región del Universo, la necesidad imperiosa que tenemos de unirnos en poderosos sindicatos que darán, indiscutiblemente, los resultados apetecidos.

Así, no puede menos que causarnos inmensa satifacción el éxito alcanzado el domingo 31 de octubre del corriente año, por el Sindicato de Artes Gráficas, en pleno período de reorganización, al efectuar un mitin de propaganda sindicalista que resultó por demás halagador.

El salón de actos de la Casa del Obrero Mundial se vió henchido de trabajadores, ávidos de escuchar el verbo pujante y siempre viril de los heraldos del sindicalismo (todos trabajadores) con que cuenta esa institución, que ocupa hoy el suntuoso edificio que fuera centro del vicio y de prostitución de la «aristocracia» citadina.

Entre los compañeros que hicieron uso de la palabra figura el compañero Octavio Jahn, que, como siempre, con su verbo razonador y convincente, nos explicó a maravilla el sistema sindicalista; con pasmosa y serena improvisoción, expuso y demostró la eficacia que, con su práctica, cura la dolencia que aqueja al asalariado en general.

Este compañero, por sus profundos conocimientos en la materia, logra ser comprendido por todos sus oyentes, y sin duda que sus peroraciones no son sino verdaderas cátedras que deben ser oídas lo más frecuentemente posible.

Habló también el compañero Salazar, produciendo como él sabe hacerlo, una hermosa y bien hilvanada pieza oratoria que, a la vez que cautivó a los oyentes les marcó el derrotero que debe seguir el explotado, cuando encuentra en su camino obstáculos tan formidables como el del vicio y la prostitución.

El Sindicato que, hasta ahora, no ha conseguido ningún beneficio que lo saque de la pésima condición en que siempre ha vivido, no obstante haber emprendido la lucha con este objeto, vuelve de nuevo a sus labores en este sentido, y debe sentirse orgulloso por haber alcanzado un éxito completo en el mitin llevado a cabo, pues en él pudimos apreciar los esfuerzos hechos.

Esperamos que esta agrupación, digna por todos conceptos de mejor suerte, siga por el camino que se ha trazado, pues deben tener presente que sólo de ese modo podrán reunir en poco tiempo a todos los compañeros del gremio y emprender abiertamente la gran lucha que habrá de darles el triunfo completo de sus aspiraciones.

Exhortamos a los compañeros del Sindicato de Artes Gráficas a que no desmayen en su titánica labor de unificación, aun cuando para lograrla sufran algunos fracasos, que, como sabemos, son inherentes a todas las grandes causas.

HUELGA DE PANADEROS

El Sindicato de Obreros y Obreras del Ramo de Panadería, en sesión que efectuó el día 30 del pasado, en uno de los salones de la Casa del Obrero Mundial, acordó por unanimidad elevar un memorial a los dueños de panaderías, conteniendo algunas peticiones, todas ellas basadas en un espíritu de equidad y justicia, y motivadas por el afán inmoderado de ganancias que persiguen incesantemente esos patronos, olvidándose de la precaria situación que guardan sus asalariados, con relación a la gran cantidad de energía que desarrollan con sus rudas labores.

Entre las peticiones que figuran en dicho memorial está la de un ligero aumento en sus jornales, aumento tanto más justificado si se tiene en cuenta la carestía de los artículos de primera necesidad y las ganancias exageradas que están obteniendo los propietarios de panaderías al elevar en un 900% el precio de esa materia alimenticia.

Para la contestación de esas peticiones se les dió a los patronos 24 horas de plazo, más como feneció el tiempo citado sin ninguna categórica contestación por parte de ellos, acordaron el paro de todas las panaderías de la ciudad, así como hacerlo extensivo a las de las prefecturas todas del Distrito Federal.

En los momentos en que escribimos estas líneas pasan de 3,000 los compañeros panaderos huelguistas, cuyo número sigue aumentando por momentos.

En nuestro próximo número reseñaremos los incidentes y resulta-

MOVIMIENTO OBRERO

REORGANIZACION DE LA FEDERACION DE OBREROS Y EMPLEADOS DE LA COMPAÑIA DE TRANVIAS DE MEXICO

«Los hechos serán nuestros mejores auxiliares», dije una vez, y los hechos se han encargado de darnos la razón, de hacernos justicia una vez más, en nuestra vida sindicalista.

En el antiguo «Jockey Club», en la mansión donde se derramaba el sudor y la sangre de los obreros convertida en copa de espumosa champagne, en el local donde sólo tenía entrada la clase privilegiada, lugar en donde se oían continuamente los gritos discordantes de entusiasmos bacanales, en el edificio que se ha destinado a los productores....en una palabra, en la actual Casa del Obrero Mundial, el día 29 del mes pasado, a las nueve de la noche, estallaron nuevamente, después de algún tiempo, gritos, aplausos, hubo entusiasmo desbordante; pero esta vez la causa era otra, era nada menos que en esos momentos incontables corazones obreros, incontables compañeros del gremio de Tranvías, impulsados por un sólo sentimiento, se daban un fuerte abrazo fraternal, prometiendo, y dispuestos a cumplirlo, que trabajarán tan unificados, que no habrá hecatombe que desbarate esa unión, es decir, dispuestos a hacer causa común, en todas sus manifestaciones.

¡No cabe duda! ¡La razón y siempre la razón triunfará en todas partes!

No hacemos alarde, queremos justicia, y como creemos que muy pronto hasta nuestros atacantes nos la harán, me atrevo a hacer el siguiente paralelo:

Todos sus componentes del Comité de la Federación de Tranvías, permanecieron con la misma categoría de empleados, pues su principal mira no era otra que el mejoramiento colectivo.

El Comité de la sonada Unión del mismo gremio, pronto, parte de sus componentes, llegaron a escalar los mejores puestos de la Compañía.

Si uno de los compañeros que integraban el Comité de la Federación pasó a ocupar un alto puesto, fué por voto unánime de asamblea, no obstante que hubo candidaturas de varios compañeros, entre otras las de los compañeros Julio Márquez, Pedro Fuentes y Emilio Ramírez.

El Comité de la Unión suspende sus trabajos.... por circunstancias especiales.

El Comité de la Federación, aconsejado por sus compañeros de luchas, animado por el deseo ardiente de reivindicación, y procurando seguir infiltrando, poco a poco, paulatinamente, esos mismos ideales, manifiesta la idea de reorganización.

El Comité de la Unión lanza a la publicidad hojas sueltas en las cuales se pone a todos los que de ese gremio nos unimos a la Revolución, metro y medio más abajo del cieno.

El Secretario General de la Federación lanza una excitativa bastante fraternal, y es contestada por uno de los secretarios de la Unión con un cúmulo de sandeces, que encierran todo, menos la más insignificante dosis de sindicalismo.

Y ¿cuál es la forma con que combatimos ese contraste? ¿Con qué contestamos esos ataques? ¡Llamándolos al seno de nuestra institución! ¡Exortándolos a que, arrojando lejos de sí ese egoísmo, nos ayuden a completar la obra comenzada para que el comunismo sea un hecho.

Los que realmente somos luchadores no acostumbramos vengarnos de otra manera: nos vengamos por medio del convencimiento, esgrimiendo por sola arma, la verdad.

Como obreros, como explotados que somos, no podemos hacer otra cosa que confraternizar con los que se encuentren en idénticas condiciones; los llamamos, ¿vienen? ¡Bienvenidos sean!

Pero, así como venimos animados para llevar a la práctica el verdadero amor a la clase trabajadora, seremos inflexibles, nos convertiremos en avalancha exterminadora, para todo aquel que obstaculice nuestro camino hacia la libertad y el progreso.

Les hablo, ahora, a todos los que han sufrido la opresión de la odiosa burguesía, a los que ya no quieren vivir engañados por el fraile, el político y el soldado, a los que han sentido la baba venenosa de la serpiente de tres cabezas, a todos esos compañeros los invito, para que se alleguen a la Casa del Obrero Mundial y formen sindicatos de oficio.

¡Solo así se podrá comprender todo lo grandioso de las ideas ácratas!

¡Solo así podremos decir alto, muy alto, que no hemos sido indiferentes para procurar nuestro bienestar! ¡Que nuestra rebeldía es heredada de luzbel para arrojar el guante a la cara de todos los tiranos de la tierra!

Compañeros: el comunismo nos llama: hacia él deben ir todos los oprimidos, todos los que de corazón sientan como nosotros, ahora que el sol de la verdadera libertad deja ver sus arreboles en lontananza y que con la unificación de todo el elemento obrero, tendrá que marchar vertiginosamente.

¿Abre brecha la Casa del Obrero Mundial? ¡Pues hacia ella nuestros pasos!

LEOBARDO P. CASTRO.

---

do de este importante movimiento gremial, concretándonos por ahora a exhortar desde las columnas de ARIETE a los compañeros panaderos a que sigan firmes en sus justas como equitativas peticiones.

Publicamos en el presente número algunas fases de las reuniones preliminares que tuvieron esos trabajadores, para organizarse dentro de los formularios sindicalistas, guía segura para el logro de las aspiraciones de reivindicación del proletariado universal.

El camino de las reformas sucesivas y escalonadas podría ser el más cómodo, y quizá el preferible, a pesar de su lentitud; pero esto no depende de los obreros, sino de los poderosos de la sociedad actual, y todavía no se ha dado el caso de que éstos renuncien espontáneamente a ninguno de sus privilegios: no han hecho ninguna concesión que no fuese arrancada por el miedo; cuando desconfían de que baste la coacción gubernamental para mantener sometido al pueblo, ceden algo, lo menos posible, dispuestos a recobrarlo en cuanto pase el peligro.

LAS IDEAS EN EL TEATRO

Cuando en las esquinas vemos anunciado «El Tenorio», recordamos, aun los que generalmente ignoramos en qué día vivimos, que el tiempo pasa, pues con asombro consideramos que ya transcurrió un año desde la última vez que vimos el drama famoso, y ello trae a nuestra imaginación lejanos recuerdos, añoranzas infinitas de tiempos que fueron.

El ambiente otoñal llenaba nuestro espíritu de angustioso malestar, y una intensa melancolía invadía nuestro ser.

Vagando sin rumbo, sumidos en un mar de tristes pensamientos, vinieron a sacarnos de nuestro ensimismamiento los codazos de los transeúntes y la gran masa de gente que, agolpada frente al «Mexicano», obstruccionaba el paso y nos obligaba a detenernos.

Y al ver aquel hervidero de risas, de alegría, entre los que pugnando por entrar al salón, se disputaban la entrada, sentimos renacer en nosotros la satisfacción de vivir, y haciendo un esfuerzo por sacudir el enervante pesimismo que nos dominaba, nos confundimos con la muchedumbre, dispuestos a distraernos, no tanto mirando a los comediantes como viendo al abigarrado público.

Los palcos, las butacas, las galerías, estaban repletos de espectadores, en su mayoría mujeres, ansiosas de presenciar las estupendas hazañas del inconstante galán.

Y mientras los actos se sucedían, noté con admiración la profunda, la íntima simpatía que las mujeres sienten por el simbólico personaje.

El fenómeno me intrigó.

¿Por qué? —me preguntaba yo— las mujeres admiran con tanto ardor las hazañas de este libertino que hace gala de su inconstancia y se jacta de saber olvidar su amor en una hora?

Y entonces me acordé de la observación que una vez me hizo un compañero, respecto de la psicología de las multitudes.

Me puso como ejemplo la celebridad de que han gozado los grandes bandidos que en varios países han existido.

Tan populares han sido, que muchos de ellos son recordados con gran admiración no excenta de cariño, y muchos años después de muertos, sus nombres son pronunciados con cierta supersticiosa veneración.

Y es que el pueblo vió en el salteador de caminos, no a un individuo peligroso, sino a un ser superior que rompiendo las cadenas del miedo se encara gallardamente contra la autoridad y sacude el yugo de la tiranía que los demás no saben quebrantar.

Por eso los crímenes de los grandes bandidos son tan disculpados, y el pueblo, con su natural instinto, los considera sus amigos.

Y el caso del «Tenorio» es el mismo.

Las mujeres se ven agasajadas por él, y aunque este fuego las abandona, no es sino para reemplazarlas por otras. En el fondo, lo que ellas ven y agradecen, es la pasión de don Juan por todas ellas, y aumentan su gratitud los bellos gestos del magnífico burlador, que consagra su vida entera a las mujeres, y muere al fin por ellas.

Y lo que se me había figurado misterioso enigma se me presentaba al fin de una rudimentaria lógica.

ABD-EL-KADER.

GESTOS INUTILES

Sigue de la 1a. página.

ción de otra clase de zánganos, los abogados, los licenciados, procuradores, notarios, que pretenden, ellos, conocer las leyes y hacerlas aplicar —aunque, al igual de los jueces, se les compra como ganado en el mercado—; y dicen hoy lo contrario de ayer, según la cantidad de dinero que reciben.

Servicios de represión, de «justicia», también implican la construcción de edificios, unos lóbregos, como las cárceles y los presidios; otros suntuosos, como los palacios legislativos, los ministerios y los palacios de «justicia».

En resumen: incontables falanges y legiones de gentes se emplean en faenas del todo inútiles al bienestar general, siendo su única razón de ser la defensa de intereses determinados, que no son los de la generalidad.

Pero ya que hablamos de ejércitos, de falanges, de legiones, trataremos, en un próximo artículo, de la más dañina y la más despreciable de las instituciones sociales: el militarismo.

SOUVARINE.

(Continuará).

ESPERANTO-HELPA LINGVO INTERNACIA

Nos complace dar a los compañeros la nueva de que en nuestra Casa contamos con un curso sobre el mencionado idioma, siendo las clases los jueves y sábados, de 6 a 7 p. m.

Invitamos cordialmente al proletariado para iniciarse en este conocimiento, que capacita para la fácil intercomprensión de los hombres, cualquiera que sea su raza o nacionalidad.

Para formarse idea de los fines a que llevará el uso de este idioma, reflexiónese sobre el alcance de las características siguientes:

1.—El Esperanto es el único idioma internacional práctico.

2.—El Esperanto no se propone nulificar ni suplir los idiomas naturales existentes, sino que es un idioma neutral, auxiliar, que debe usarse a la vez que aquéllos.

3.—El Esperanto nunca impedirá el progreso de un idioma nacional dado, ni lastimará ninguna institución de las ya establecidas, sea nacional o internacional.

4.—El Esperanto no es un pasatiempo perentorio; su valor ha sido experimentado por más de seis lustros.

5.—Sencillez, neutralidad y precisión son las cualidades dominantes del Esperanto y su aprendizaje es igualmente sencillo para todos los hombres.

6.—La gramática del Esperanto consiste sólo en 16 reglas; sin embargo, se maneja con toda liberalidad y es capaz de expresar cualquiera idea por difícil que parezca.

7.—Las voces radicales del Esperanto son menos de mil, todas ellas aglutinantes y agrupables en palabras; el vocabulario se enriquece indefinidamente.

8.—El aprendizaje de idiomas extranjeros es carga intolerable para la humanidad; sólo por medio del Esperanto, pueden comunicarse fácil, igual y perfectamente, los pueblos que poseen idiomas distintos.

9.—La idea moral ligada con el Esperanto es destruír las barreras existentes entre las razas y confraternizar los pueblos de todo el Mundo.

10.—El esperantismo no ofende ni lastima a esta o esa nación, raza o religión, porque tiene por norma: la justicia, la razón, la verdad.

No dudamos que entre nosotros se divulgará este conocimiento utilísimo, especialmente a quienes se ocupan de internacionalismo, y para que la labor sea más eficaz, aceptamos gustosos la coparticipación en ella de los «samideanoj» nacionales y extranjeros, en particular la del proletariado.

JACOBSV BELLVAN.

La Revolución en Guatemala

Las revoluciones armadas son una necesidad de la especie humana. Se forma una revolución para derrocar una tiranía: más tarde esta misma revolución triunfante se entroniza tiránica, haciéndose inevitable una nueva revolución derrocadora de la nueva tiranía.

El 19 de septiembre próximo pasado, en la vecina república de Guatemala se desató un movimiento revolucionario, que hechará por tierra al Gobierno presidido por el licenciado Estrada Cabrera, sencillamente porque Guatemala es un país que durante muchos años ha soportado de la manera más fría, resignada, la más atroz de las tiranías; la más despótica de las dictaduras; y por experiencia sabemos que en países así, donde sus hombres casi han llegado al desconocimiento total de sus derechos cívicos; pero que no obstante conservan la esbeltez de redentivas nostalgias, las revoluciones armadas siempre triunfan. El pueblo, al través de sus intensos dolores, ve reflejado en ellas el sol de las libertades, sintiendo en ese instante despertar en su alma la sed ardiente de esas libertades, a que tiene derecho como pueblo en un siglo de civilización gigante y de progresos magestuosos.

Los fértiles campos de Guatemala, testigos de todos los abusos que puede cometer la fuerza en todas sus manifestaciones, envueltos hoy en el negro y espeso humo de la pólvora, se extremecen acariciados por el estampido sublime de los cañones libertarios. El rojo pendón, flameando airoso en las manos encallecidas de nuestros hermanos, desafía imponente la rabia feroz de los verdugos horrorizados ante la perspectiva esplendente de su derrota vergonzosa, ante el brillo cegador de espadas de gloria esgrimidas por los héroes del trabajo.

¡Salud, hermanos! Salud vosotros que habeis sabido hacer uso del derecho de la fuerza, para conquistar la fuerza del derecho!

*

A nosotros en estas circunstancias, ya que desempeñamos el desabrido papel de espectadores, tócanos llevar al fondo de aquellos corazones, hermanos de los nuestros, la voz adelantadora del rebelde, la convicción profunda de la justicia de su lucha, la absoluta seguridad de la victoria; interponer en su favor todas las fuerzas de que podamos disponer, hacer ostensibles manifestaciones de nuestro entusiasmo, apelar a todos los medios posibles, a fin de que sepan que en tierras lejanas tienen compañeros que los contemplan con amor inmenso, dispuestos a los más grandes sacrificios por su reivindicación.

Compañeros de la Casa del Obrero Mundial:

Vivir para ser libres,
Morir para dejar de ser esclavos.

He aquí la voz de los revolucionarios guatemaltecos; he aquí el gesto de protesta de los que, antes que ser *reyes de la creación*, quieren ser hombres. He aquí el grito prepotente de los que no pudiendo imitar a Job, a quien consideran un miserable obstaculizador de la vida, amor, sabiduría y lidertad, se yerguen altivos empuñando las armas, para cortar al filo del cuchillo, los miembros gangrenados y pestilentes, que corroen y amenazan destruír ese bello organismo que se llama Humanidad..... ! Secundadlos para evitar que el fracaso sea el premio de sus esfuerzos; y ya que en vuestros pechos generosos y abnegados repercute el eco inmarcesible, preparémonos a seguirles para hacer efectivo el

Vivir para ser libres,
Morir para dejar de ser esclavos

de la bandera roja!

Filo de Necros.

A MI AMIGO

Apreciable Ogladih:

Te participo que llegué de Oaxaca sin novedad. Como debes imaginarte, el viaje lo hice con bastante dificultad y peligro, por reinar en aquella ciudad y en el Estado en general, un ambiente completamente retrógrado. Allí domina la reacción, con elementos del fracasado felicismo, representantes de la burguesía, parte del ejército ex-federal y el partido del clero, capitaneado por el arzobispo Gillow.

Quizá no te des cuenta perfecta de lo que te digo. Tal vez te imagines que es cuestión de política, por no conocer la lucha que sostemos en la Casa del Obrero Mundial. Me voy a permitir decirte en pocas palabras el fin que perseguimos, a reserva de enterarte, en cartas subsecuentes, de cuál es el origen de los sufrimientos de esos pobres seres que, aun ciegos por los prejuicios de que hemos sido víctimas, están muriendo, unos de hambre y otros como carne inconsciente de cañón; pero dando vivas a una mentida soberanía del Estado.

La Casa del Obrero Mundial, como todos los centros libertarios del Mundo, une a los obreros en sindicatos de oficio, haciendo consciencia entre ellos y fomentando una rebeldía nacida del estudio sobre las miserias morales y materiales de su condición de parias; establece bibliotecas y ateneos sindicalistas, para la educación, haciendo así obra cultural entre los trabajadores, para que se emancipen, para que sean útiles a la humanidad, y no esclavos del burgués, del cura y de una patria que no les pertenece. No creas que sólo nos concretamos a la educación de los adultos: nuestro mayor anhelo, lo que más nos preocupa, son los «futuros redentores», los niños, esos capullos que antes de llegar a la floración son pervertidos en los templos y en las escuelas oficiales del clero y del Estado. Para ellos tenemos la Escuela Moderna, la enseñanza racionalista, en que se hace saber al niño el origen de todo lo que nos rodea, la verdad de todas las cosas, haciéndolos conocer la Naturaleza como creadora de todo lo que existe en el Universo; en una palabra: formar a los futuros rebeldes de acuerdo con las frases de Vargas Vila: sé libre; si no eres libre, no eres hombre.

Hasta la próxima, en que te daré a conocer nuevos detalles de nuestra lucha.

Reinaldo Cervantes Torres.



Organo de la
CASA DEL OBRERO MUNDIAL

COMISION DE PRENSA:
Juan Tudó,
J. Barragán Hernández
y Enrique H. Arce

ADMINISTRADOR:
Eduardo Moneda

OFICINAS:
Av. Francisco I. Madero 4.
MEXICO, D. F.

PRECIOS:
Número corriente.... 10 cs.
" atrasado.... 20 "
Subscripción: serie de 20 números DOS PESOS
Pago adelantado, por medio de timbres postales.

¡VAMOS!

Hombres decididos, fuertes de brazos y altivos de corazón pide la lucha; mentes serenas y ánimos templados pide la idea; mentes y ánimos, brazos y corazones que se den todos, sin regateos mezquinos......

«Quien ama la Revolución, debe amarla solamente a ella», dijo aquel coloso que se llamó Bakounine, y tuvo razón: el luchador ha de darse por completo y sin desvíos o vacilaciones; ella es una querida celosa que no admite el más leve desliz.

No se puede ser a medias; no se puede a medias amar; hay que dejar que en nosotros encarne la idea, y que los entusiasmos nos alumbren a lo más hondo del alma, como un apoteosis.

Prisionera encantada por los embaucadores del presente, nuestra Dulcinea espera ser libertada por el hierro de nuestra lanza y el vigor de nuestros músculos.

Y, como el caballero errante a quien ni gigantes ni leones pudieron torcer en su empeño; como el triste caballero, echado a los caminos para combatir a quien pusiera en duda la belleza de su desconocida señora, así nosotros, caballeros de la época nueva, debemos ir, visera calada y espada al cinto, por los caminos del Mundo.

Nuestra hacienda, nuestra patria, nuestros convecinos, han de quedar atrás mientras haya follones que combatir, mientras haya entuertos que vengar.

Corazones y brazos: he aquí lo que de nosotros piden la lucha y la idea; y también cerebros sanos, mentes equilibradas, ánimos generosos.

No se pueden dar los pensamientos a dos órdenes de cuidados a la vez; hay que desechar todo lo que es pueril; hay que olvidar todo lo que es pequeño y pasajero, por lo que es grande y eterno; hay que apartar los ojos de los faroles que apenas vierten luz, para fijarlos en el sol que cubre la tierra toda y por siempre con sus rayos deslumbradores.

Si te sientes fuerte, si palpita en ti el corazón con ansias infinitas y tienes deseos insaciados de amor y libertad, de bien y de belleza, limpia tus armas, prepara tu rodela y ven conmigo: ¡Vamos!

P. PALOMERO.

EL PARASITO

No es sólo el parásito aquel poderoso financiero que con una jugada de bolsa arruina a centenares de familias. No es sólo el terrateniente que cobra la renta de sus fincas sin que nunca haya siquiera pasado por ellas, y sin ocuparse de los trabajos que el pobre arrendatario ha sufrido junto con su mujer e hijos para reunir peso a peso el dinero para pagar la renta. No es sólo el fabricante que reúne millones y se divierte y goza de la vida, mientras sus obreros se mueren de hambre. No es sólo el gobernante que impone leyes al pueblo que produce, ni el juez que castiga los crímenes de la sociedad en los cuerpos de los pobres, ni el policía que vela por el orden burgués, ni el cura que predica resignación a los pobres, ofreciéndoles un cielo en la «otra» vida.

Hay, además de esos parásitos, otros muchos, dentro de nosotros. Hay el hermano que en la casa nunca trabaja y que disfruta de todo, incluso de prerrogativas de los padres, mientras los otros trabajan para él. Es el parásito el padre que, después que crió hasta una tierna edad hijos e hijas sin haberles dado educación, les manda a la fábrica y vive del producto de ellos sin trabajar. Existe el parásito en los grupos donde a veces hay quien, en mayor o menor escala, los explota, dejando que los otros trabajen para él. Existe el parásito en las familias, y es parásito aquel que subió sobre la masa a la que perteneció y vive de ella, haciéndole daño e impidiéndole ver el futuro.

¡El parásito! En todos los órdenes de la vida encontramos al parásito, que hará su labor a medida de sus fuerzas y según el ambiente en que maniobre.

Existe el parásito en la familia, en los amigos, en los grupos, en las sociedades; y la gran sociedad humana está compuesta de toda clase de parásitos: pequeños, regulares, grandes, de toda gradación y categoría; pero parásitos todos al fin, dañinos al bien común y que deben desaparecer. Pero, antes de todo, debemos hacer que desaparezcan, por las buenas o por las malas, los grandes parásitos que por la fuerza, la astucia y el crimen, dominan al mundo.

Debemos, ante todo, sin desdeñar los pequeños, acabar con los chupadores de nuestra sangre. En nuestras manos están las armas; somos los más; sin nosotros la vida es imposible, y, sin embargo, cuando un parásito quiere, lanza a la miseria miles de familias.

Somos la fuerza, somos los productores, somos la vida, y cuatro parásitos coronados nos llevan a una guerra donde han muerto millones y se ha destruido la obra de miles de años, la obra de millones de brazos. Somos la vida, y cuatro parásitos siembran la muerte, y la muerte lo invade todo; la sangre del que trabaja invade los campos, enturbia los ríos, enrojece el mar, y la aristocracia de los parásitos, satisfecha, ríe, confiada en la perpetuidad de su dominio......

Los trabajadores sufren, mueren.......¡Acabemos con los parásitos! ¡Ya es hora!

ONOFRE DALLAS.

La política, en su sentido más elevado, es el arte de gobernar a los pueblos, lo cual implica precisamente la existencia de gobernantes y gobernados, es decir, una desigualdad fundamental, base de otras desigualdades.

J. MIR Y MIR.